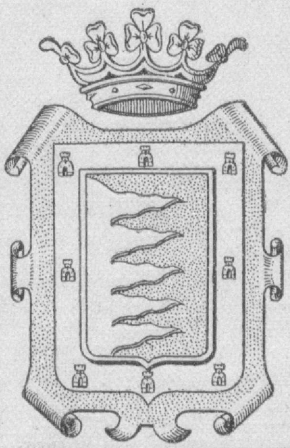
ZORRILLA



1817 — 1917

POESIAS

OBRA PUBLICADA POR EL
EXCMO. AYUNTAMIENTO DE
VALLADOLID

A

Antonio García

Valladolid-3-2-1917

c. 116870
t. 76039

POESÍAS DE ZORRILLA

POESÍAS

DE

ZORRILLA

PUBLICADAS

POR EL EXCMO. AYUNTAMIENTO

DE VALLADOLID

IMPRENTA CASTELLANA

1917

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEÓN

R. 56975

LA TORRE DE FUENSALDAÑA

I

Yo he sentido bramar al ronco viento
del helado Diciembre en noche obscura,
remedando de un hombre el triste acento
de roto murallón en la hendidura.

Ardía en el salón envejecido
purpúrea llama de sonante leña,
y el ámbito vibraba estremecido
al reflejar en la empolvada peña.

De la pompa feudal resto desnudo,
sin tapices, sin armas, sin alfombra,
hoy no cobija su recinto mudo
más que silencio, soledad y sombra.

Tal vez groseros cuentos populares
bajo el nombre sin crónica conserva,
y en las bóvedas, torres y pilares
brota á pedazos la pajiza hierba.

Los pájaros habitan la techumbre,
y la tapiza la afanosa araña,
y eso guarda la tosca pesadumbre
del viejo torreón de Fuensaldaña.

Yo, que era entonces loco, triste y niño,
pasaba alguna vez bajo sus muros,
por contemplar el desgarrado aliño
de sus huecos recónditos y obscuros.

Allí en delirios de amistad perdida
y en infantiles pláticas sabrosas,
adormecí las cuitas de mi vida
y las horas de noches pavorosas.

Allí, al calor de la humeante hoguera,
de las cóncavas piedras al abrigo,
oía el viento rebramando fuera,
y á mi lado la voz de algún amigo.

Allí sobre nosotros se elevaban
robustas torres, góticas almenas,
que la furia del viento rechazaban
sobre el cimiento colosal serenas.

A veces nuestra alegre carcajada
repetida en los aires por el eco
moría, en sus bramidos sofocada,
de la alta torre en el tendido hueco.

A veces nuestras báquicas canciones,
como estertor de agonizante pecho,
acompañaba en compasados sones
sordo zumbando en callejón estrecho.

Otras, en melancólica armonía,
remedaba lamentos y suspiros,
y otras, en repugnante gritería,
el vuelo y voz de brujas y vampiros.

De las rotas almenas erizadas,
al sacudir la destocada frente,
remedaba el hervir de las cascadas
y el áspero silbar de la serpiente.

Ó en revuelto y confuso torbellino,
la ruinosa terraza estremeciendo,
de la tendida lona el son marino
semejaba tal vez el largo estruendo.

Le oíamos á veces á lo lejos
cruzando el valle con airado paso,
y crujían los árboles añejos
como chascara entre la llama un vaso.

Y en continuo rumor sonando á veces
le oíamos rozar el firme muro,
como en hondo tonel hierven las heces
que una bruja animó con un conjuro.

Le oíamos rodar embravecido,
las desiguales piedras azotando,
y en los huecos colgar ronco mugido,
y el seco musgo arrebatar pasando.

Le oíamos entrar y revolverse
con espantable son en las troneras,
y estrellarse, y crecer hasta perderse,
barriendo las tortuosas escaleras.

Las ramas de los árboles vecinos,
en las rejas meciéndose colgadas,
dibujaban contornos repentinos
de espantosas visiones descarnadas.

Y al brusco y desigual sacudimiento
desplomados los vidrios de colores
en el mal alumbrado pavimento,
reverberaban falsos resplandores.

Y asaltando la boca que topaba
rodando en torno de la mustia hoguera,
entre la llama pálida soplaba
blanca ceniza hasta elevar ligera.

Silbando entonces lánguido y sonoro,
al cruzar murmurando en las ventanas,
nos revelaba en armonioso coro
música de veletas y campanas.

Y mezclaba el susurro de las hojas
que coronaban los silvestres pinos
con el gotear entre las juncias flojas
de los turbios arroyos campesinos.

De los atentos perros el ladrido,
y el canto agudo del despierto gallo,
con el inquieto y bélico alarido
del trémulo relincho del caballo.

Bullían en el ánima exaltada
locos fantasmas de soñados cuentos,
y sostenía, apenas fatigada,
el peso de los ojos soñolientos.

Entonces, á la sombra cobijados
los pies á par de la expirante lumbre,
cedían nuestros párpados cansados,
más que á la voluntad, á la costumbre.

Y á cada chispa del tizón postrero,
á cada empuje del turbión errante,
á cada voz del pájaro agorero
que velaba en el nido vacilante,

Volvíamos el gesto recelosos
en derredor del descompuesto fuego,
levantando los ojos perezosos,
que al roto sueño se tornaban luego.

Y en aquella mirada adormecida
se pintaba la sombra misteriosa
de volubles contornos revestida,
de cuerpo inmenso, de color medrosa.

Gozábamos al fin insomnio inquieto,
delirando festines y batallas,
con tumultos sin época ni objeto,
con broqueles, con yelmos y con mallas.

Y soñábamos duendes y conjuros
en una tierra mágica y lejana,
deleitados en cóncavos obscuros
con cantares de sílfide liviana.

Poco á poco, deshechas las visiones,
soñábamos con sombras infinitas,
donde se oían apagados sones
de invisibles orquestas exquisitas.

Y más tarde, las sombras vacilando
entre pardo crepúsculo naciente,
íbanse luz y sombras alejando
de la febril y temerosa mente.

Músicas, miedos, fábulas y sombras
sus contornos al fin desvanecían,
y en un salón, sin lámparas ni alfombras,
sólo estaban dos locos y dormían.

II

Y era grato al son del viento
abrir el párpado al día,
y contemplar soñoliento
su confuso resplandor
á través de las abiertas,
hondas y estrechas ventanas
y de las hendidas puertas
de los quicios en redor.

Ver la atmósfera tocada
con turbio cendal de niebla,
sobre los campos posada,
interceptando el mirar;
y oir la ráfaga inquieta,
que al vendaval sustituye
en la acerada veleta,
sordamente rechinar.

Ver las medrosas visiones
que en la noche nos turbaron
en bóvedas y rincones,
de opaca lumbre al lucir,
en escombros convertidas,
musgo y tintas con que al tiempo
las murallas carcomidas
plugo manchar y vestir.

Ver en las toscas paredes,
en vez de ricos tapices,
tender su baba y sus redes
al insecto descortés,
que entre los nombres tranquilos
las labra de los viajeros,
cubriéndolos hilo á hilo
sin envidia ni interés.

Ver á la afanosa araña
en los blasones del muro
hilar con paciente maña
sus hebras para cazar;
y en la recóndita grieta
la presa que vuela en torno,
vigilante, astuta y quieta,
á que se enrede esperar.

Y en el oculto madero
hallar de rincón ruinoso
el rastro de un hormiguero
que en el verano pasó;
que en el foso nació acaso,
mas no contento en el suelo,
con irreverente paso,
hasta la almena trepó.

¿Quién dijera á los barones
de la torre de Saldaña,
de sus techos y salones
la mengua y la soledad?
¡Tiempo! ¡Tiempo! ¡Cuánto puedes,
tú que indiferente escribes
sobre cráneos y paredes
la cifra de la verdad!

Yo he visitado esos muros,
hoy trojes de rico hidalgo,
y en sus salones obscuros
ancha hoguera levanté;
corrí llaves y cerrojos
cual si de ellos dueño fuera,
y sus tablas y despojos
para alumbrarme quemé.

No respeté ni sus años,
ni su nombre y dueño antiguos ..
y para insultos tamaños
¿quién era en Saldaña yo?
Un niño, un triste ó un loco
que, divertido en sus penas,
curaba entonces muy poco
de cuanto grande vivió.

Y á fe que, libre y contento,
á la lumbre de mi hoguera,
en tanto bramaba el viento,
tranquilamente dormí;
y al despertar con el día,
contemplé absorto y ufano
la gruesa mampostería
que por alcoba elegí.

Luchaba el sol afanado
con la turbia húmeda niebla,
y el fulgor tornasolado
cruzaba por el salón.
El aire, en fuerzas cediendo,
brotó en ráfagas errantes,
y aun se le oía gimiendo
con menos airado son.

Miré desde las ventanas
al árido campo seco;
algunas hierbas livianas
encontré no más en él.
El aire las sacudía
y la niebla las mojaba;
escaso arbusto crecía
del campo mudo al lindel.

Algunas nocturnas aves
guarecidas asomaron
en los rotos arquitrabes
su misterioso mohín;
mirélas indiferente,
y al rumor de mis pisadas
hundieron la negra frente
del nido cóncavo al fin.

Entonces, de la alta cumbre
el sol rasgando la niebla,
derramóse en viva lumbre
de trémulo resplandor;
y en los pardos murallones
trazó cuadros luminosos,
alumbrando los salones
de cenagoso color.

Y entonces á los reflejos
de la llama repentina,
de aquellos rincones viejos
en la antigua soledad,
bulleron miles de insectos
asomando por las grietas,
monstruosos por lo inperfectos,
raros por la variedad.

Y oíanse los cantares
del tosco templo vecino,
en compases regulares,
desvanecerse y crecer;
y el órgano y las campanas,
al roto soplo del viento,
ya perdidas, ya cercanas,
en él sus ecos mecer.

Pasó la noche sonora,
pasó la mañana inquieta;
mis años hora por hora
á contar triste volví.
Si hallé la vida cansada
y lamenté su amargura,
yo vivo con mi tristura,
mas la torre quedó allí.

Muchos curiosos acaso,
por llegar á Fuensaldaña,
aceleraron el paso
de aquella noche después;
mas ¡ay del hombre mezquino!
¿Quién encontrará mañana,
entre el polvo del camino,
la huella de nuestros pies?

A BUEN JUEZ, MEJOR TESTIGO

TRADICIÓN DE TOLEDO

I

Entre pardos nubarrones
pasando la blanca luna,
con resplandor fugitivo
la baja tierra no alumbra.
La brisa con frescas alas
juguetona no murmura,
y las veletas no giran
entre la cruz y la cúpula.
Tal vez un pálido rayo
la opaca atmósfera cruza,
y unas en otras las sombras
confundidas se dibujan.
Las almenas de las torres
un momento se columbran,
como lanzas de soldados
apostados en la altura.
Reverberan los cristales
la trémula llama turbia,
y un instante entre las rocas

riela la fuente oculta.
Los álamos de la vega
parecen en la espesura
de fantasmas apiñados
medrosa y gigante turba;
y alguna vez desprendida
gotea pesada lluvia,
que no despierta á quien duerme,
ni á quien medita importuna.
Yace Toledo en el sueño
entre la sombra confusa,
y el Tajo á sus pies pasando,
con pardas ondas la arrulla.
El monótono murmullo
sonar perdido se escucha,
cual si por las hondas calles
hirviera del mar la espuma.
¡Qué dulce es dormir en calma
cuando á lo lejos susurran
los álamos que se mecen,
las aguas que se derrumban!
Se sueñan bellos fantasmas
que el sueño del triste endulzan;
y en tanto que sueña el triste
no le aqueja su amargura.

Tan en calma y tan sombría
como la noche que enluta
la esquina en que desemboca
una callejuela oculta,
se ve de un hombre que aguarda
la vigilante figura;
y tan á la sombra vela,
que entre la sombra se ofusca.
Frente por frente á sus ojos,

un balcón á poca altura
deja escapar por los vidrios
la luz que dentro le alumbra,
mas ni en el claro aposento,
ni en la callejuela obscura,
el silencio de la noche
rumor sospechoso turba.
Pasó así tan largo tiempo,
que pudiera haberse duda
de si es hombre, ó solamente
mentida ilusión nocturna;
pero es hombre, y bien se ve,
porque con planta segura,
ganando el centro á la calle,
resuelto y audaz pregunta:
—¿Quién va?—y á corta distancia
el igual compás se escucha
de un caballo que sacude
las sonoras herraduras.
¿Quién va?—repite; y cercana,
otra voz menos robusta
responde:—Un hidalgo. ¡Calle!—
y el paso el bruto apresura.
—¡Téngase el hidalgo!—el hombre
replica, y la espada empuña.
—Ved más bien si me haréis calle—
repusieron con mesura—
que hasta hoy á nadie se tuvo
Iván de Vargas y Acuña.
—Pase el Acuña, y perdone—
dijo el mozo en faz de fuga;
pues, teniéndose el embozo,
sopla un silbato y se oculta.
Paró el jinete á una puerta,
y con precaución difusa

salió una niña al balcón
que llama interior alumbra.
—¡Mi padre!—clamó en voz baja;
y el viejo en la cerradura
metió la llave, pidiendo
á sus gentes que le acudan.
Un negro, por ambas bridas
tomó la cabalgadura;
cerróse detrás la puerta,
y quedó la calle muda.
En esto, desde el balcón,
como quien tal acostumbra,
un mancebo por las rejas
de la calle se asegura.
Asió el brazo al que apostado
hizo cara á Iván de Acuña,
y huyeron, en el embozo
velando la catadura.

II

Clara, apacible y serena
pasa la siguiente tarde,
y el sol, tocando su ocaso,
apaga su luz gigante.
Se ve la imperial Toledo
dorada por los remates,
como una ciudad de grana
coronada de cristales.
El Tajo por entre rocas
sus anchos cimientos lame,
dibujando en las arenas

las ondas con que las bate.
Y la ciudad se retrata
en las ondas desiguales,
como en prendas de que el río
tan afanoso la bañe.
Á lo lejos en la vega
tiende galán, por sus márgenes
de sus álamos y huertos
el pintoresco ropaje;
y porque su altiva gala
más á los ojos halague,
la salpica con escombros
de castillos y de alcázares.
Un recuerdo es cada piedra
que toda una historia vale,
cada colina un secreto
de príncipes ó galanes.
Aquí se bañó la hermosa
por quien dejó un rey culpable
amor, fama, reino y vida
en manos de musulmanes.
Allí recibió Galiana
á su receloso amante,
en esa cuesta que entonces
era un plantel de zahares.
Allá, por aquella torre
que hicieron puerta los árabes,
subió el Cid sobre *Babieca*,
con su gente y su estandarte.
Más lejos se ve el castillo
de San Servando, ó Cervantes,
donde nada se hizo nunca
y nada al presente se hace.
Á este lado está la almena
por do sacó vigilante

el conde Don Peranzules
al rey, que supo una tarde
fingir tan tenaz modorra,
que político y constante
tuvo siempre el brazo quedo,
las palmas al horadarle.
Allí está el circo romano,
gran cifra de un pueblo grande,
y aquí la antigua Basílica
de bizantinos pilares,
que oyó en el primer Concilio
las palabras de los Padres
que velaron por la Iglesia
perseguida ó vacilante.
La sombra en este momento
tiende sus turbios cendales
por todas esas memorias
de las pasadas edades,
y del Cambrón y Visagra
los caminos desiguales,
camino á los toledanos
hacia las murallas abren.
Los labradores se acercan
al fuego de sus hogares,
cargados con sus aperos,
cansados de sus afanes.
Los ricos y sedentarios
se tornan con paso grave,
calado el ancho sombrero,
abrochados los gabanes;
y los clérigos y monjes,
y los prelados y abades,
sacudiendo el leve polvo
de capelos y sayales.
Quédase sólo un mancebo

de impetuosos ademanes,
que se pasea ocultando
entre la capa el semblante.
Los que pasan le contemplan
con decisión de evitarle,
y él contempla á los que pasan
como si á alguien aguardase.
Los tímidos aceleran
los pasos al divisarle,
cual temiendo, de seguro,
que les proponga un combate;
y los valientes le miran
cual si sintieran dejarle,
sin que libres sus estoques
en riña sonora dancen.
Una mujer también sola
se viene el llano adelante,
la luz del rostro escondida
en tocas y tafetanes.
Mas en lo leve del paso
y en lo flexible del talle,
puede á través de los velos
una hermosa adivinarse.
Vase derecha al que aguarda,
y él al encuentro la sale
diciendo... cuanto se dicen
en las citas los amantes.
Mas ella galanterías
dejando severa aparte,
así al mancebo interrumpe
en voz decisiva y grave:
—Abreviemos de razones,
Diego Martínez. mi padre
que un hombre ha entrado, en su ausencia,
dentro mi aposento sabe;

y así, quien mancha mi honra,
con la suya me la lave:
ó dadme mano de esposo,
ó libre de vos dejadme.—
Miróla Diego Martínez
atentamente un instante,
y, echando á un lado el embozo,
repuso palabras tales:
—Dentro de un mes, Inés mía,
parto á la guerra de Flandes;
al año estaré de vuelta,
y contigo en los altares.
Honra que yo te desluzca,
con honra mía se lave;
que por honra vuelven honra
hidalgos que en honra nacen.
—Júralo—exclamó la niña.
—Más que mi palabra vale,
no te valdrá un juramento.
—Diego, la palabra es aire.
—¡Vive Dios que estás tenaz!
Dalo por jurado, y baste,
—No me basta; que olvidar
puedes la palabra en Flandes.
—¡Voto á Dios! ¿Qué más pretendes?
—Que á los pies de aquella imagen
lo jures como cristiano,
del Santo CRISTO delante.
Vaciló un punto Martínez;
mas, porfiando que jurase,
llevóle Inés hacia el templo
que en medio la vega yace.
Enclavado en un madero,
en duro y postrero trance,
ceñida la sien de espinas,

descolorido el semblante,
víase allí un Crucifijo
teñido de negra sangre,
á quien Toledo devota
acude hoy en sus azares.
Ante sus plantas divinas
llegaron ambos amantes,
y haciendo Inés que Martínez
los sagrados pies tocase,
preguntóle:—Diego, ¿juras
á tu vuelta desposarme?—
Contestó el mozo:—¡Sí juro!—
Y ambos del templo se salen.

III

Pasó un día y otro día,
un mes y otro mes pasó,
y un año pasado había;
mas de Flandes no volvía
Diego, que á Flandes partió.

Lloraba la bella Inés,
su vuelta aguardando en vano;
oraba un mes y otro mes
del Crucifijo á los pies
do puso el galán su mano.

Todas las tardes venía
después de traspuesto el sol,
y á Dios llorando pedía
la vuelta del español,
y el español no volvía.

Y siempre al anochecer,
sin dueña y sin escudero,
en un manto una mujer
el campo salía á ver
al alto del *miradero*.

¡Ay del triste que consume
su existencia en esperar!
¡Ay del triste que presume
que el duelo con que él se abrume
al ausente ha de pesar!

La esperanza es de los cielos
precioso y funesto don,
pues los amantes desvelos
cambian la esperanza en celos
que abrasan el corazón.

Si es cierto lo que se espera,
es un consuelo en verdad;
pero, siendo una quimera,
en tan frágil realidad
quien espera desespera.

Así Inés desesperaba
sin acabar de esperar,
y su tez se marchitaba,
y su llanto se secaba
para volver á brotar.

En vano á su confesor
pidió remedio ó consejo
para aliviar su dolor;
que mal se cura el amor
con las palabras de un viejo.

En vano á Iván acudía
llorosa y desconsolada:
el padre no respondía;
que la lengua le tenía
su propia deshonra atada.

Y ambos maldicen su estrella,
callando el padre severo
y suspirando la bella,
porque nació mujer ella,
y el viejo nació altanero.

Dos años al fin pasaron
en esperar y gemir,
y las guerras acabaron,
y los de Flandes tornaron
á sus tierras á vivir.

Pasó un día y otro día,
un mes y otro mes pasó,
y el tercer año corría.
Diego á Flandes se partió,
mas de Flandes no volvía.

Era una tarde serena:
doraba el sol de Occidente
del Tajo la vega amena,
y apoyada en una almena
miraba Inés la corriente.

Iban las tranquilas olas
las riberas azotando
bajo las murallas solas,
musgo, espigas y amapolas
ligeramente doblando.

Algún olmo que escondido
creció entre la hierba blanda
sobre las aguas tendido,
se reflejaba perdido
en su cristalina banda.

Y algún ruiseñor colgado
entre su fresca espesura
daba al aire embalsamado
su cántico regalado
desde la enramada obscura.

Y algún pez con cien colores,
tornasolada la escama,
saltaba á besar las flores
que exhalan gratos olores
á las puntas de una rama.

Y allá en el trémulo fondo
el torreón se dibuja,
como el contorno redondo
del hueco sombrío y hondo
que habita nocturna bruja.

Así la niña lloraba
el rigor de su fortuna,
y así la tarde pasaba,
y al horizonte trepaba
la consoladora luna.

A lo lejos, por el llano,
en confuso remolino,
vió de hombres tropel lejano,
que en pardo polvo liviano
dejan envuelto el camino.

Bajó Inés del torreón,
y llegando recelosa
á las puertas del Cambrón,
sintió latir zozobrosa
más inquieto el corazón.

Tan galán como altanero
dejó ver la escasa luz,
por bajo el arco primero,
un hidalgo caballero
en un caballo andaluz.

Jubón negro acuchillado,
banda azul, lazo en la hombrera,
y, sin pluma, al diestro lado
el sombrero derribado,
tocando con la gorguera.

Bombacho gris guarnecido,
bota de ante, espuela de oro;
hierro al cinto suspendido,
y á una cadena prendido
agudo cuchillo moro.

Vienen tras este jinete,
sobre potros jerezanos,
de lanceros hasta siete,
y en adarga y coselete
diez peones castellanos.

Asióse á su estribo Inés,
gritando:—Diego, ¿eres tú?—
y él, viéndola de través,
dijo:—¡Voto á Belcebú,
que no me acuerdo quién es!—

Dió la triste un alarido
tal respuesta al escuchar,
y á poco perdió el sentido,
sin que más voz ni gemido
volviera en tierra á exhalar.

Frunciendo ambas á dos cejas,
encomendóla á su gente,
diciendo:—¡Malditas viejas,
que á las mozas malamente
enloquecen con consejas!—

Y aplicando el capitán
á su potro las espuelas,
el rostro á Toledo dan,
y á trote cruzando van
las obscuras callejuelas.

IV

Así por sus altos fines
dispone y permite el cielo
que puedan mudar al hombre
fortuna, poder y tiempo.
Á Flandes partió Martínez
de soldado aventurero,
y por su suerte y hazañas,
allí capitán le hicieron.
Según alzaba en honores
alzábase en pensamientos,
y tanto ayudó en la guerra
con su valor y altos hechos,

que el mismo rey, á su vuelta,
le armó en Madrid caballero,
tomándole á su servicio
por capitán de lanceros.
Y otro no fué que Martínez
quien á poco entró en Toledo,
tan orgulloso y ufano
cual salió humilde y pequeño.
Ni es otro á quien se dirige,
cobrado el conocimiento,
la amorosa Inés de Vargas,
que vive por él muriendo.
Mas él, que, olvidando todo,
olvidó su nombre mesmo,
puesto que Diego Martínez
es el capitán Don Diego,
ni se ablanda á sus caricias
ni cura de sus lamentos,
diciendo que son locuras
de gentes de poco seso;
que ni él prometió casarse
ni pensó jamás en ello.
¡Tanto mudan á los hombres
fortuna, poder y tiempo!
En vano porfiaba Inés
con amenazas y ruegos:
cuanto más ella importuna,
está Martínez severo.
Abrazada á sus rodillas,
enmarañado el cabello,
la hermosa niña lloraba
prosternada por el suelo.
Mas todo empeño es inútil,
porque el capitán Don Diego
no ha de ser Diego Martínez,

como lo era en otro tiempo.
Y así llamando á su gente,
de amor y piedad ajeno,
mandóles que á Inés llevaran,
de grado ó de valimiento.
Mas ella, antes que la asieran,
cesando un punto en su duelo,
así habló, el rostro lloroso
hacia Martínez volviendo:
—Contigo se fué mi honra,
conmigo tu juramento;
pues buenas prendas son ambas,
en buen fiel las pesaremos.—
Y la faz descolorida
en la mantilla envolviendo,
á pasos desatentados
salióse del aposento.

V

Era entonces de Toledo,
por el rey gobernador,
el justiciero y valiente
Don Pedro Ruiz de Alarcón.
Muchos años por su patria
el buen viejo peleó;
cercenado tiene un brazo,
mas entero el corazón.
La mesa tiene delante,
los jueces en derredor,
los corchetes á la puerta
y en la derecha el bastón.

Está, como presidente
del Tribunal superior,
entre un dosel y una alfombra,
reclinado en un sillón,
escuchando con paciencia
la casi asmática voz
con que un tétrico escribano
solfea una apelación. —
Los asistentes bostezan
al murmullo arrullador;
los jueces, medio dormidos,
hacen pliegues al ropón;
los escribanos repasan
sus pergaminos al sol.
Los corchetes á una moza
guiñan en un corredor,
y abajo en Zocodover
gritan en discorde son
los que en el mercado venden,
lo vendido y el valor.
Una mujer en tal punto,
en faz de grande aflicción,
rojos de llorar los ojos,
ronca de gemir la voz,
suelto el cabello y el manto,
tomó plaza en el salón,
diciendo á gritos:—¡Justicia,
jueces! ¡Justicia, señor!—
Y á los pies se arroja humilde
de Don Pedro de Alarcón,
en tanto que los curiosos
se agitan alrededor.
Alzóla cortés Don Pedro,
calmando la confusión
y el tumultuoso murmullo

que esta escena ocasionó,
diciendo:—Mujer, ¿qué quieres?
—Quiero justicia, señor.
—¿De qué?
—De una prenda hurtada.
—¿Qué prenda?
—Mi corazón.
—¿Tú le diste?
—Le presté.
—¿Y no te le han vuelto?
—No.
—¿Tienes testigos?
—Ninguno.
—¿Y promesa?
—Sí, ¡por Dios!
que, al partirse de Toledo,
un juramento empeñó.
—¿Quién es él?
—Diego Martínez.
—¿Noble?
—Y capitán, señor.
—Presentadme al capitán,
que cumplirá si juró.—
Quedó en silencio la sala;
y á poco, en el corredor,
se oyó de botas y espuelas
el acompasado son.
Un portero, levantando
el tapiz, en alta voz
dijo:—El capitán Don Diego.—
Y entró luego en el salón
Diego Martínez, los ojos
llenos de orgullo y furor.
—¿Sois el capitán Don Diego—
díjole Don Pedro—vos?

Contestó altivo y sereno
Diego Martínez:
—Yo soy.
—¿Conocéis á esta muchacha?
—Ha tres años, salvo error.
—¿Hicisteisla juramento
de ser su marido?
—No.
—¿Juráis no haberlo jurado?
—Sí, juro.
—Pues id con Dios.
—¡Miente!—clamó Inés, llorando
de despecho y de rubor.
—Mujer, ¡piensa lo que dices!
—Digo que miente: juró.
—¿Tienes testigos?
—Ninguno.
—Capitán, idos con Dios,
y dispensad que, acusado,
dudara de vuestro honor.—
Tornó Martínez la espalda
con brusca satisfacción,
é Inés que le vió partirse,
resuelta y firme gritó:
—¡Llamadle! Tengo un testigo.
¡Llamadle otra vez, señor!
Volvió el capitán Don Diego,
sentóse Ruiz de Alarcón,
la multitud aquietóse,
y la de Vargas siguió:
—Tengo un testigo á quien nunca
faltó verdad ni razón.
—¿Quién?
—Un hombre que de lejos
nuestras palabras oyó,

mirándonos desde arriba.
—¿Estaba en algún balcón?
—No; que estaba en un suplicio
donde ha tiempo que expiró.
—¿Luego es muerto?
—No, que vive.
—Estáis loca, ¡vive Dios!
¿Quién fué?
—El CRISTO de la Vega,
á cuya faz perjuró.—
Pusiéronse en pie los jueces
al nombre del Redentor,
escuchando con asombro
tan excelsa apelación.
Reinó un profundo silencio
de sorpresa y de pavor,
y Diego bajó los ojos
de vergüenza y confusión.
Un instante con los jueces
Don Pedro en secreto habló,
y levantóse diciendo
con respetuosa voz:
—La ley es ley para todos:
tu testigo es el mejor;
mas, para tales testigos,
no hay más tribunal que Dios.
Haremos... lo que sepamos.
Escribano: al caer el sol,
al CRISTO que está en la vega
tomaréis declaración.—

VI

Es una tarde serena,
cuya luz tornasolada
del purpurino horizonte
blandamente se derrama.
Plácido aroma las flores
sus hojas plegando exhalan,
y el céfiro entre perfumes,
mece las trémulas alas.
Brillan abajo en el valle
con suave rumor las aguas,
y las aves en la orilla
despidiendo al día cantan.
Allá por el *miradero*,
por el Cambrón y Visagra,
confuso tropel de gente
del Tajo á la vega baja.
Vienen delante Don Pedro
de Alarcón, Iván de Vargas,
su hija Inés, los escribanos,
los corchetes y los guardias,
y detrás monjes, hidalgos,
mozas, chicos y canalla.
Otra turba de curiosos
en la vega les aguarda,
cada cual comentariando
el caso según le cuadra.
Entre ellos está Martínez
en apostura bizarra,
calzadas espuelas de oro,
valona de encaje blanca,
bigote á la borgoñesa,
melena desmelenada,

el sombrero guarnecido
con cuatro lazos de plata,
un pie delante del otro,
y el puño en el de la espada.
Los plebeyos de reojo
le miran de entre las capas,
los chicos al uniforme,
y las mozas á la cara.
Llegado el gobernador
y gente que le acompaña,
entraron todos al claustro
que iglesia y patio separa.
Encendieron ante el CRISTO
cuatro cirios y una lámpara,
y de hinojos un momento
le rezaron en voz baja.
Está el CRISTO de la Vega
la cruz en tierra posada,
los pies alzados del suelo
poco menos de una vara.
Hacia la severa imagen
un notario se adelanta,
de modo que con el rostro
al pecho santo llegaba.
A un lado tiene á Martínez,
á otro lado Inés de Vargas;
detrás al gobernador,
con sus jueces y sus guardias.
Después de leer dos veces
la acusación entablada,
el notario á Jesucristo
así demandó en voz alta:
—Jesús, Hijo de María,
ante nos esta mañana
citado como testigo

por boca de Inés de Vargas:
¿juráis ser cierto que un día,
á vuestras plantas divinas,
juró á Inés, Diego Martínez
por su mujer desposarla?—
Asida á un *brazo* desnudo
una *mano* atarazada,
vino á posar en los autos
la seca y hendida palma,
y, allá en los aires, ¡SÍ JURO!
clamó una voz más que humana.
Alzó la turba medrosa
la vista á la imagen santa...
los labios tenía abiertos
y una mano desclavada.

CONCLUSIÓN

Las vanidades del mundo
renunció allí mismo Inés,
y, espantado de sí propio,
Diego Martínez también.
Los escribanos, temblando
dieron de esta escena fe,
firmando como testigos
cuantos hubieron poder.
Fundóse un aniversario
y una capilla con él,
y Don Pedro de Alarcón
el altar ordenó hacer,
donde hasta el tiempo que corre,
y en cada un año una vez,
con la mano desclavada
el Crucifijo se ve.

GLORIA Y ORGULLO

¡Lejos de mí, placeres de la tierra,
fábulas sin color, sombra ni nombre,
á quien un nicho miserable encierra
cuando el aura vital falta en el hombre!

¿Qué es el placer, la vida y la fortuna
sin un sueño de gloria y de esperanza?
Una carrera larga é importuna,
más fatigosa cuanto más se avanza.

Regalo de indolentes sibaritas
que velas el harén de las mujeres,
opio letal que el sueño facilitas
al ebrio de raquíticos placeres:

¡Lejos de mí! No basta á mi reposo
el rumor de una fuente que murmura,
la sombra de un moral verde y pomposo,
ni de un castillo la quietud segura.

No basta á mi placer la inmensa copa
del báquico festín, libre y sonoro,
de esclavos viles la menguada tropa,
ni las llaves de espléndido tesoro.

De un Dios hechura, como Dios concibo;
tengo aliento de estirpe soberana;
por llegar á gigante, enano vivo;
no sé ser hoy y perecer mañana.

Yo no acierto á decir «la vida es bella»,
y descender estúpido al olvido;
amo la vida porque sé por ella
al alcázar trepar donde he nacido.

De esa inmensa pasión que llaman gloria
brota en mi corazón ardiente llama;
luz de mi ser me abrasa la memoria,
voz de mi ser inextinguible clama.

¡Gloria, ilusión magnífica y suprema,
ambición de los grandes en quien quiso
velar Dios esa mística diadema
que nos dará derecho al paraíso!

Nada es sin ti la despreciable vida,
nada hay sin ti ni dulce ni halagüeño;
sólo en aquesta soledad perdida
la sombra del laurel concilia el sueño.

Sólo al murmullo de la excelsa palma
que el noble orgullo con su aliento agita,
en blando insomnio se adormece el alma,
y en su mismo dormir crea y medita.

Zeuxis, Apeles, Píndaro y Homero
bajo ese verde pabellón soñaron;
César, Napoleón y Atila fiero
bajo ese pabellón se despertaron.

Por ti el delirio del honor se adora,
por ti el hinchado mar hiende el marino;
por ti en su gruta el penitente llora
y empuña su bordón el peregrino.

Por ti el soldado se vendió á sus reyes,
y lidia agora con porfía insana,
no por esas que ignora pobres leyes;
por comprar una lágrima mañana.

Por ti le canta el orgulloso amante
dulces trovas de amor á una querida;
porque tal vez un venturoso instante
tenga en su canto prolongada vida.

Por ti del negro túmulo en la piedra
ambicioso el mortal graba su nombre,
porque tal vez, entre la tosca hiedra,
otro día, al pasar, le lea un hombre.

Por ti acaso el cansado centinela
que incendió una ciudad en la batalla,
su cifra indiferente, mientras vela,
pinta con un tizón en la muralla.

El polvo en que hubo sus cabañas Roma
por ti con templos y palacios pisa;
por ti su gesto satisfecho asoma
tras su inmenso sarcófago Artemisa.

Por ti vencida se incendió á Corinto;
por ti la sangre en Maratón se orea;
por ti una noche, con aliento extinto,
tumba Leonidas demandó á Platea.

Por ti trofeos el cincel aborta,
y álzanse torres con tenaz porfía;
porque es la vida deleznable y corta,
y todos quieren prolongarla un día.

Por eso velo con la noche obscura
sobre un volumen carcomido y roto,
y un mañana me sueño de ventura,
y otra existencia en porvenir remoto.

Por eso en mis estériles canciones
el blando son del agua me adormece,
y entre pardos y errantes nubarrones,
de la noche el fanal se desvanece.

Oigo en mi canto el lánguido murmullo
del aura que los árboles menea,
de la tórtola triste el ronco arrullo,
y la sonora lluvia que gotea.

Veo las sacrosantas catedrales,
los antiguos y góticos castillos,
y el granizo se estrella en sus cristales
ó azota sus escombros amarillos.

¡Oh! Si sentís esa ilusión tranquila;
si creéis que en mis cánticos murmura
ya el aura que en los árboles vacila,
ya el mar que ruge en la tormenta obscura;

Si al son gozáis de mi canción, que miente
ya el bronco empuje del errante trueno,
ya el blando ruido de la mansa fuente
lamiendo el césped que la cerca ameno;

Si, cuando llamo á las cerradas rejas
de una hermosura á cuyos pies suspiro,
sentís tal vez mis amorosas quejas
y os sonreís cuando de amor deliro;

Si, cuando en negra aparición nocturna,
la raza evoco que en las tumbas mora,
os estremece en la entreabierta urna
respondiendo el espíritu á deshora;

Si lloráis cuando en cántico doliente,
hijo extraviado, ante mi madre lloro,
ó al cruzar por el templo reverente
la voz escucho del solemne coro;

Si alcanzáis en mi pálida mejilla,
cuando os entono lastimosa endecha,
una perdida lágrima que brilla
al brotar en mis párpados deshecha;

Todo es una ilusión, todo mentira,
todo en mi mente delirante pasa;
no es ésa la verdad que honda me inspíra;
que esa lágrima ardiente que me abrasa

No me la arranca ni el temor ni el duelo,
no los recuerdos de olvidada historia.
¡Es un raudal que inunda de consuelo
este sediento corazón de gloria!

¡Gloria! ¡Madre feliz de la esperanza,
mágico alcázar de dorados sueños,
lago que ondula en eternal bonanza,
cercado de paisajes halagüeños!

¡Dame ilusiones, dame una armonía
que arrulle el corazón con el oído,
para que viva la memoria mía
cuando yo duerma en eternal olvido!

¡Lejos de mí, deleites de la tierra,
fábulas sin color, forma ni nombre,
á quien un nicho miserable encierra
cuando el aura vital falta en el hombre!

¡Gloria, esperanza! Sin cesar conmigo,
templo en mi corazón alzaros quiero;
que no importa vivir como el mendigo
por morir como Píndaro y Homero.

DEL POEMA «GRANADA»

LIBRO DE LOS ALCAZÁRES

¡Granada! Ciudad bendita
Reclinada sobre flores,
Quien no ha visto tus primores
Ni vió luz, ni gozó bien.
Quien ha orado en tu mezquita
Y habitado tus palacios,
Visitado ha los espacios
Encantados del Edén.

Paraíso de la tierra,
Cuyos mágicos jardines
Con sus manos de jazmines
Cultivó celeste hurí,
La salud en ti se encierra,
En ti mora la alegría,
En tus sierras nace el día,
Y arde el sol de amor por ti.

Tus fructíferas colinas,
Que son nidos de palomas,
Embalsaman los aromas
De un florido eterno Abril:
De tus fuentes cristalinas
Surcan cisnes los raudales:
Bajan águilas rëales
Á bañarse en tu Genil.

Gayas aves entretienen
Con sus trinos y sus quejas
El afán de las abejas
Que en tus troncos labran miel:
Y en tus sauces se detienen
Las cansadas golondrinas
Á las playas argelinas
Cuando emigran en tropel.

En ti como en un espejo
Se mira el profeta santo:
La luna envidia el encanto
Que hay en tu dormida faz:
Y al mirarte á su reflejo
El arcángel que la guía,
Un casto beso te envía
Diciéndote:—«Duerme en paz.»

El albor de la mañana
Se esclarece en tu sonrisa,
Y en tus valles va la brisa
De la aurora á reposar.
¡Oh Granada, la sultana
Del deleite y la ventura!
Quien no ha visto tu hermosura
Al nacer debió cegar.

¡Aláh salve al Nazarita,
Que derrama sus tesoros
Para hacerte de los Moros
El alcázar imperial!
¡Aláh salve al rey que habita
Los palacios que en ti eleva!
¡Aláh salve al rey que lleva
Tu destino á gloria tal!

Las entrañas de tu sierra
Se socavan noche y día;
Dan su mármol á porfía
Geb-Elvira y Macaël;
Ensordécese la tierra
Con el son de los martillos,
Y aparecen tus castillos,
Maravillas del cincel.

Ni un momento de reposo
Se concede: palmo á palmo,
Como á impulso de un ensalmo,
Se levanta por doquier
El alcázar portentoso
Que, mofándose del viento,
Será eterno monumento
De tu ciencia y tu poder.

Reverbera su techumbre
Por las noches á lo lejos,
De las teas á la lumbre
Que iluminan sin cesar
Los trabajos misteriosos,
Y á sus cárdenos reflejos
Van los Genios sus preciosos
Aposentos á labrar.

¿De quién es ese palacio
Sostenido en mil pilares,
Cuyas torres y alminares
De inmortales obras son?
¿Quién habita el regio espacio
De sus cámaras abiertas?
¿Quién grabó sobre sus puertas
Atrevido su blasón?

¿De quién es aquella corte
De galanes Africanos
Que le cruzan tan ufanos
De su pobre Amir en pos?
En su alcázar y en su porte
Bien se lee su nombre escrito:
Al-hamar.—¡Aláh bendito,
Es la ALHAMBRA!—¡Gloria á Dios!

CANCIÓN MORISCA

MOTE

Yo soy Aurora la gitanilla
A quien adora toda Sevilla;
Yo, con mi oculta ciencia gitana,
Soy pájaro en Sevilla,
Flor en Triana.

ESTROFA PRIMERA

Nadie conoce de mi existencia
Ser ni principio, forma ni esencia;
Floto en el aura cual los vapores,
Duermo en capullo como las flores;
Tengo invisibles dos alas bellas,
Y á ver los astros subo con ellas;
Mujer y ave, vapor y hada,
Yo lo soy todo, yo no soy nada:
¿Mas cómo en todo y en nada existo?
Nadie lo sabe, nadie lo ha visto.
Por su parte más ancha
Cruzo el vacío,
Y sin puente ni lancha
Traspongo el río;
Porque yo juego
Con la tierra y el aire,
La agua y el fuego

¿Quién es Aurora? Nadie lo sabe.
Yo de mí sola tengo la llave.
Soy maravilla con forma humana,
Soy pájaro en Sevilla,
Flor en Triana.

ESTROFA SEGUNDA

Nací entre juncias en Alfarache,
Donde una loba fué mi nodriza;
Cual su lustrosa piel de azabache
Peino una trenza sedosa y riza.
Yo aprendí en medio de aquellas lomas
La habla trinada de los jilgueros,
Y la habla amante de las palomas,
De las abejas y los corderos.
¿Hay gracia alguna que en mí no quepa?
¿Hay cosa alguna que yo no sepa?
Guardarme su secreto
No puede un alma;
Tengo al mundo sujeto
Bajo mi palma;
Y ante mis ojos
Se me arrodilla, esclavo
De mis antojos.
¿Quién es Aurora? Nadie lo sabe;
Yo de mi sola tengo la llave;
Soy maravilla con forma humana;
Soy pájaro en Sevilla
Flor en Triana.

ESTROFA TERCERA

Mis ojos tienen en mi alegría
La luz del cielo de Andalucía;
Mis ojos radian en mi coraje

De los del lobo la luz salvaje.
Mi voz es dulce como el son lento
Con que en las palmas susurra el viento;
Ronco es mi aullido de ira ó de queja
Como el graznido de la corneja.
De tan extrañas dotes señora,
¿Quién no me teme? ¿quién no me adora?
Mi madre fué hechicera,
Mi padre mago;
De su ciencia heredera
Prodigios hago.
Dadme las palmas,
Y os diré los secretos
De vuestras almas.
Yo soy Aurora de quien se sabe
Que de las almas tiene la llave.
Yo, maravilla con forma humana,
Soy pájaro en Sevilla,
Flor en Triana.

ESTROFA CUARTA

De todos dicen que soy querida,
Todos me dicen que soy hermosa;
Mas un misterio guarda mi vida:
De quien le explique seré la esposa.
Bravos hidalgos, mozos gentiles,
¿Quién quiere el alma de una gitana
Dentro de un cuerpo de veinte abriles,
Que es absoluta reina en Triana?
¿No hay quien se prende de mi persona?
¿Quién me da su alma por mi corona?
Un alma solicito
Para un conjuro;
Un pecho necesito
Firme y seguro;

Busco y no encuentro
Un corazón que pueda
Llevarme dentro.
¿Mas qué es Aurora sin quien la quiera?
Falso arco iris de primavera;
Mariposilla ciega y liviana
Que se quéma en Sevilla
Y arde en Triana.

MOTE

¡Desdichadilla de la gitana!
Mariposilla ciega y liviana,
Que hoy maravilla, polvo mañana,
Será nada en Sevilla,
Nada en Triana.

DEL POEMA «MARIA»

Venid á mí, los que creéis que existe
otro mundo mejor que nuestro mundo:
venid, los que buscáis la sombra triste
del solitario altar en lo profundo
del templo abandonado, que resiste
al vendaval del siglo furibundo:
venid y os bañaréis en la ambrosía
del dulcísimo nombre de MARÍA.

MARÍA, emanación del puro aliento
del infinito creador: MARÍA,
augusta emperatriz del firmamento,
gozo del triste, del perdido guía,
madre buena del huérfano, alimento
del alma casta, luz que en la agonía
más allá del sepulcro, en lontananza
alumbra la región de la esperanza.

MARÍA, arca sellada, guardadora
del tesoro inmortal de la clemencia
de Dios; sér de su sér, fe del que ora,
santuario del pudor, de la inocencia
pabellón perfumado, sombreadora
palma triunfal del Gólgota, excelencia
de los mundos creados, poesía
del paraíso, y germen de la mía.

Tal es el nombre y la mujer que canto,
tal es el nombre y la mujer que adoro:
yo me prosterno ante su nombre santo,
y á la señora de los cielos oro.
Débil mortal, cuando me atrevo á tanto,
que nada soy para quien es no ignoro:
mas me infundió mi madre su cariño
y no puedo olvidar mi amor de niño.

¡Oh, Reina del zenit resplandeciente!
Voy á ser el cantor de tu existencia;
mas tus ojos alumbran el oriente,
los astros de placer á tu presencia
tiemblan: corona el sol tu regia frente,
calza tus pies la luna, tu excelencia
no alcanza á comprender la criatura...
¿qué ha de decir de ti mi lengua impura?

Tú, empero, inspiración vendrás á darme
para hablar de tu gloria soberana:
tú me darás vigor, para elevarme
sobre el turbión de la impiedad mundana;
tú vendrás con tu manto á cobijarme
cuando al morir me den tumba cristiana,
y yo á tus pies invocaré tu nombre
libre al partir de la mansión del hombre.

Dios me inspiró al nacer la fe en que vivo,
y Dios, mi fe para cantar, me ha dado
gigante voz y corazón altivo:
el siglo, pues, me escuchará asombrado
cantar la fe de mi país nativo,
tal vez por su tormenta arrebatado,
mas de la fe de mis creencias lleno
con firme voz y corazón sereno.

LA SIESTA

Son las tres de la tarde, Julio, Castilla.
El sol no alumbra, que arde; ciega, no brilla.
La luz es una llama que abrasa el cielo:
ni una brisa una rama mueve en el suelo.
Desde el hombre á la mosca todo se enerva:
la culebra se enrosca bajo la yerba;
la perdiz por la siembra suelta no corre,
y el cigüeño á la hembra deja en la torre.
Ni el topo de galbana se asoma á su hoyo,
ni el mosco pez se afana contra el arroyo,
ni hoza la comadreja por la montaña,
ni labra miel la abeja, ni hila la araña.
La agua el aire no arruga, la mies no ondea,
ni las flores la oruga torpe babea;
todo al fuego se agosta del seco estío:
duerme hasta la langosta sobre el plantío.
Sólo yo velo y gozo fresco y sereno;
sólo yo de alborozo me siento lleno:
porque mi Rosa
reclinada en mi seno
duerme y reposa.
Voraz la tierra tuesta sol del estío;
mas el bosque nos presta su toldo umbrío.
Donde Rosa se acuesta brota el rocío,
susurra la floresta, murmura el río.
¡Duerme en calma tu siesta, dulce bien mío!
¡Duerme entretanto
que yo te velo: duerme,
que yo te canto!

I

Como le canta y mece la madre al tierno niño
que duerme en su regazo, mi amor te arrullará:
como para él la madre mil frases de cariño
inventa, mil cantares mi amor te inventará.
Yo sé que siente, Rosa, tu corazón amante
los versos que te cantó mientras dormida estás.
¿Qué quieres que te cuente? ¿Qué quieres que te cante?
¿Cuál es de mis canciones la que te gusta más?
¿Prefieres aquel cuento del silfo que tenía
en una red de tamo prisión en un rosal,
y al cual todas las noches á alimentar venía,
la abeja que le amaba, con miel de su panal?
¿Prefieres una historia como la historia horrenda
de aquel que fué á su dama celoso á degollar,
cuya cabeza trunca guardó de amor en prenda
y la cabeza le iba de noche un beso á dar?
Di cómo hablarte debo cuando tu sueño arrullo;
porque mi voz anhelo que te parezca tal,
como la miel que daba posada en un capullo
la abeja de mis cuentos al silfo del rosal.
¡Mas duerme, vida mía! mientras te arrullo
yo de mi poesía con el murmullo.
Mientras la aura en tus rizos juega y te orea,
en contar tus hechizos mi alma se emplea.
Duerme, que te adormece fiel mi cariño
como le canta y mece la madre al niño.
Duerme, que yo á millares pondré mi empeño
en inventar cantares para tu sueño.
La enramada nos presta su toldo umbrío,
susurra la floresta, murmura el río:
todo invita á la siesta; duerme, bien mío;
¡duerme entretanto
que yo te velo: duerme,
que yo te canto!

II

Mis ojos no se sacian de verte y de admirarte.
¡Cuán bella estás dormida! ¡Qué hermosa te hizo Dios!
No hay nada con que pueda mi idea compararte.
Dios te hizo así, y no quiso Dios como tú hacer dos.
Mas sé, aunque estás dormida, que escucha tu alma atenta
los versos que en tu oído depositando voy,
porque ellos son la copa donde mi amor fermenta,
y en ellos destilado mi corazón te doy.
Yo siento los latidos del tuyo mientras duermes,
las pausas de tu suave vital respiración,
tus manos entregadas bajo la mía inermes,
y tu hálito que absorbe voraz mi aspiración.
Mientras que yo te canto, tú sientes cómo te amo:
mi amor no se lo ha dicho jamás á tu pudor;
mas sé que tu alma en sueños responde á mi reclamo,
mientras que yo te duermo con mi cantar de amor.
Y acaso sientes, Rosa, cuando tu sueño halago
con mis palabras, *algo* de la inmortal pasión
de la cabeza, que iba con un murmullo vago
á dar á su verdugo su beso de perdón.

Yo te amo como el mundo jamás ha amado,
con un amor profundo de fe dechado:
aún más que aquella santa cabeza fría
al que de su garganta la segó un día.
Tu amor se nutre dentro de mis entrañas,
como el oro en el centro de las montañas.
Yo te amo y te envío de mis amores
la voz, como el rocío la alba á las flores.
Duerme: el bosque nos presta su toldo umbrío,
susurra la floresta, murmura el río;
yo velaré tu siesta; ¡duerme, bien mío!
¡Duerme entretanto
que yo te velo: duerme,
que yo te canto!

III

¡Qué hermosa eres, Rosa! Nacistes en Sevilla;
la gracia lo revela de tu incopiable faz:
tu cuerpo fué amasado con rosas de la orilla
de la campiña que hace Guad-al-kebir feraz.
Sus árboles han dado su sombra á tus pestañas;
tus párpados se han hecho con hojas de su azahar:
la esencia de sus nardos se encierra en tus entrañas,
porque trasciende á ellos tu aliento al respirar.
Tus trenzas me recuerdan la perenal guirnalda
de plantas siempre verdes que toca su ciudad:
tu cuello lo gallardo de su gentil Giralda,
tu alma de su cielo la azul serenidad.
¡Qué hermosa estás!... mas... ¿me oyes? Tu boca me sonríe,
tu lengua pugna en sueños palabras por formar.
Si son para mí, dilas ¡mi bien!... que me confíe
tu amor, en sueño al menos, que me pudiste amar,
Pronúncialas ¡mi vida!—Su plácido murmullo
dará á mi alma un néctar de dulcedumbre tal,
como la miel que daba posada en un capullo
la abeja de mis cuentos al silfo del rosal.
Mas tu sonrisa, Rosa, desaparece:
¿qué idea ruin te acosa que te entristece?
Un ¡ay! sentir me dejas que no articulas:
da á mi oído esas quejas que no formulas.
El cielo en tu risueño labio se abría:
¡vuelve á aquel dulce sueño que sonreía!
Duerme, mi bien, en calma, que yo te velo,
en tu faz de tu alma mirando al cielo.
Duerme: el bosque nos presta su toldo umbrío
susurra la floresta, murmura el río;
todo invita á la siesta: ¡duerme, bien mío!
¡Duerme entretanto
que yo te velo; duerme,
que yo te canto!

IV

¡Qué idea tan horrible! ¡Si en sueños halagüeña
no á mi me sonriese sino á feliz rival!...
¡Si al son de mis cantares falaz con otro sueña
riéndose hasta en sueños de mi pasión leal!
¡Dios mío! Si en el centro del corazón me clava
de su desdén el frío desgarrador puñal...
mi amor la daré siempre, como su miel le daba
la abeja de mis cuentos al silfo del rosal.

Rosa, podrás matarme, si es que me engañas:
no tu amor arrancarme de mis entrañas.
Del corazón que abrigas la dueña eres;
mas nunca me lo digas si no me quieres.
¿Qué he de hacer yo si al cabo mi alma te adora?
Siempre seré tu esclavo, tú mi señora.
Duerme, que mi cariño te mece y canta
como la madre al niño que aún amamanta.
Duerme: y si á la hora de esta de tu amor frío
ya nada más me resta que tu desvío,
mi alma está á tus pies puesta, duerme: en Dios fío;
yo te amo tanto,
que tragarse á mis ojos
haré mi llanto.

Tú dormirás en calma ¡de mi amor centro!
mis lágrimas de mi alma correrán dentro.
Duerme: el bosque nos presta su toldo umbrío,
susurra la floresta, murmura el río;
duerme en calma tu siesta, que el duelo es mío
¡Duerme entretanto
que yo te velo: duerme,
que yo te canto!

DE LA INTRODUCCIÓN A LA «LEYENDA DEL CID»

II

¿Quién soy?—Lo ignoro.—Tengo en mi sér
tinieblas tales, tal confusión,
que á un tiempo siente pena y placer,
ansia y hastío mi corazón.
Hoy desdichado, feliz ayer,
jamás descifro mi condición,
y mi voz nunca puedo saber
si es un lamento ó una canción.
Misterios deben del alma ser:
pero yo de ellos en conclusión
sólo averiguo que por do quier
pedazos dejo del corazón.
Yo soy como el arroyo:
desde que brota,
por do va en cada hoyo
deja una gota:
que es mi destino
dejar gotas del alma
por mi camino.

III

¿Quién soy?—¡Quién sabe!—Mi sér ignoro:
mas de armonía guardo un tesoro;
y siendo armónica mi condición,
átomo suelto, libre, sonoro,
donde hallo un eco produzco un son.

Y ya se exhale de un arpa de oro,
ya de una ermita del esquilón,
ya del aullido de un muezzin moro,
ya de las turbas en rebelión,
ya de un insecto que errante zumbe,
ya de una gruta que honda retumbe,
ya de un torrente que se derrumbe.....
ya del bramido del aquilón
que el roble añoso crujiendo abata
que atorbelline la catarata,
que los peñascos de la mar bata
ó los cimientos de un torreón;
cuanto á mi paso despierta un eco
sordo, estridente, trémulo, hueco,
cóncavo, agudo, vibrante ó seco,
en mí una fibra tocando armónica,
encuentra unísona repetición;
y el son más débil, más fugitivo,
me presta el tema, me da el motivo
de una plegaria ó una canción.

Y en una peña desencajada,
en la cruz puesta sobre un camino,
en una torre desvencijada,
en el murmullo del mar vecino,
en los escombros de un monasterio,
en la flor única de un cementerio,
en el arranque de un puente hundido,
en el fragmento de una inscripción:
en algo móvil que no haga ruido,
en algo oculto que dé un sonido,
en algo ha mucho puesto en olvido,
fundo una historia, sondo un misterio
de que dar cuenta ó explicación.

Con una brisa que el aire plega,
de una neblina que el aura azula,

hago un relato que se despliega
de todo un libro por la extensión;
como un arroyo que de una vega
por entre el césped corriendo juega,
y ya se avanza, ya se recula,
ya sobre él pasa, ya no le llega,
ya se derrama, ya se acumula,
ya se desborda y el llano anega,
ya en un remanso creciendo ondula,
ya sobre el musgo de un coto salta,
ya de menudas gotas le esmalta,
y huye brincando por la pradera,
desparramando su agua parlera
por la vertiente de la ladera,
hasta que, escaso de agua y de son,
de su postrera lágrima rota
la última gota se hunde y agota
de arena seca por la absorción.
Así de un fútil recuerdo vago,
de la más nimia suposición,
campo y escena de cuentos hago
do mis delirios pongo en acción.
Yo soy como la hormiga:
do quier recoge
el granillo y la espiga
para su troje:
y á su hormiguero
marcado con su huella
deja el sendero.

IV

¿Quién soy?—¿Cuál es mi sino?
¿Quén sabe? Peregrino
que gira sin camino

del mundo en derredor:
lo mismo en los sillares
do apoyan sus pilares
los domos seculares
del templo del Señor,
que al pie de los lentiscos
de los agrestes riscos,
donde hace sus apriscos
el mísero pastor,
recojo los cantares
y cuentos populares,
que narra en sus hogares
el vulgo, de sus lares
ignaro historiador.

Yo hago una historia de una patraña
que oigo á la ciega superstición
contar al fuego de una cabaña
de un aguacero de invierno al son.
Convierto en tiernos cuentos sencillos
de los pastores la relación,
y á los palacios y á los castillos
voy á hacer luego su narración.
Mas por do quiera voy anudando
con almas tiernas honda afección;
y por do quiera que voy pasando,
pedazos dejo del corazón.

Yo soy como la abeja,
que en los rosales
toma la miel que deja
luego en panales:
y á su colmena
del dulce de las flores
va siempre llena.

ÍNDICE

	Páginas
La torre de Fuensaldaña	5
A buen juez, mejor testigo	15
Gloria y orgullo	38
Del poema «Granada»	43
Canción morisca	47
Del poema «María»	51
La siesta	53
De la «Leyenda del Cid»	58

26 - (129)

1.500 -

EJEMPLAR : INVENDIBLE : REPARTIDO : GRATVITAMENTE POR : EL : EXCMO. : AYVNTAMIENTO : DE : VALLADOLID

N.º.....

A.....

G-F 6925